



## Reseña del VIII Festival Internacional de Teatro

### Néstor Gustavo Díaz

La ciudad de Manizales abrió sus escenarios para dar paso al VII Festival Internacional de Teatro, en medio de gran expectativa social creada por la carencia de un presupuesto digno de un evento de tal magnitud, y por las condiciones ambientales de la ciudad frente a un posible peligro natural. Mas estas situaciones no influyeron en los Directivos del Festival, que se dieron a la tarea de salvar el hecho cultural más importante que tiene América Latina en el mundo de la escena, pues es bien sabido que el Festival mide su importancia por la proyección que genera a nivel nacional e internacional.

Este año, por vez primera, no recibió grandes personalidades como es tradición; tampoco se invitó a la crítica especializada. La ausencia del crítico Eduardo Gómez y otros habituales al evento se hizo notoria. El Festival contó con un cubrimiento de tipo periodístico por personal especializado que enviaron los diferentes medios del país. Este vacío que fue protuberante se debió a la falta de recursos económicos para sostener esta clase de invitados. Mas como efecto positivo se percibió que durante la semana del evento el Festival Internacional no giró alrededor de grandes “figuras” como en otras oportunidades, sino que el teatro fue el objetivo de un público compuesto en su gran mayoría por gente joven que asistió a los lugares de encuentro tantos oficiales como marginales. Y como es tradición, aparecieron de todos los lugares del país los grupos marginales en busca de espacios para mostrar sus realizaciones. En este campo se distinguió el grupo La Tarima de Medellín, dirigido por Elkin Giraldo, que se tomó la audiencia del Festival presentando parodias sobre las obras que transcurrían en el Fundadores. El primer día de temporada transcurrió de una manera fría, pues no se vivió el tradicional desfile de “teatro callejero,” que con su presencia daba la nota específica de las máscaras y de los actores.

Un accidente sufrido por un actor del Taller de Artes de Medellín dio pie para la cancelación de una obra costosa en su montaje, producto del grupo antioqueño. La inauguración oficial careció de la presencia del Presidente de la República. Un coctel para invitados especiales y las palabras de apertura del Presidente del Festival, Dr. Federico Marulanda y de la Señora Amparo Sinisterra, dando la bienvenida protocoloria a los participantes, dio paso a *las arenas tristes*, obra del TLB [Teatro Libre de Bogotá], que causó un profundo efecto emocional en los amantes del centenarismo poético y aburrimiento en la gente joven. En escena se hace un recordatorio de José Asunción Silva. Este montaje maneja empatías con el *Bolívar* de Carlos Giménez, que se hace

notorio en el manejo de los desplazamientos de los actores y de unos telones interpuestos; sobre esta ambientación discurre un texto retórico que permite un recital monocrorde del TLB.

Al segundo día aparece el Teatro Fronterizo de España, conocido ya por su *Ñaque o de piojos y actores*, favorita de la crítica en el VII Festival, y que en esta edición recoge palmas con una soberbia interpretación del actor Luis Miguel Climent, interpretando un ser vegetativo y agónico que da vida (diría, muerte) a un discurso de Samuel Beckett. Esta es una obra tanática diseñada para teatro de cámara y llevada a escenario gigante por factores que desconocemos.

La esperada presencia del grupo peruano Yuyachkani por sus éxitos en el Festival del 85, produjo decepción con la obra *Encuentro de zorros*, que es trabajo de tipo "combativo y de masas," siguiendo el ordenamiento político que impuso en escena con énfasis el teatro colombiano en la década del 60 con Santiago García y Enrique Buenaventura, como pioneros de este estilo. El público aplaudió con vehemencia, porque, desafortunadamente, sólo se aplaude lo obvio. Siempre se gana cuando se trata de hacer la denuncia de la desesperanza latinoamericana, así esté mal planteada la escena. Este grupo estaba comprometido con la temática y no con la estética.

*Jacobo o la sumisión*, Ionesco y el absurdo, dirigida por Luis Carlos Medina, fue un montaje realizado con alumnos de primeros semestres de la Escuela de Artes de la Universidad de Antioquia. Fue una decorosa presentación de la puesta en escena, a pesar de las fallas propias del director y de los grupos que andan manejando estudiantes. Es impropio que una obra no profesional llegue a un Festival que perdió su carácter de Universitario, por los riesgos que conlleva enfrentar principiantes en esta clase de certámenes.

El primer logro del festival lo produjo el grupo de títeres La Libélula Dorada, que hizo presencia con *Los espíritus lúdicos*, montaje de fantasía y mucha imaginación. Este trabajo convenció al público y los periodistas que asistían al VIII Festival. Mientras la programación oficial se sucede en el Fundadores, Confamiliares y Galpón de Bellas Artes, en la calle transcurre toda una acción viva que requiere de crónica aparte. El Teatro Taller de Colombia merece página aparte por la validez e importancia de su trabajo que es toda una propuesta que cobija factores de indudable calidad, en especial su "circo invisible" que recrea una serie de situaciones que impactaron a los que participaron de sus encuentros. Los grupos de teatro callejero cumplieron el cometido al imprimir la vida necesaria a un certamen que veíamos, antes de comenzar, con presagios de turbulencias.

La nota de pequeño escándalo la dio el TPB [Teatro Popular de Bogotá] que incumple el compromiso y no se hace presente en Manizales. Los motivos que llevaron a este grupo a cometer una acción descortés con una invitación concertada con el Festival, se desconocen. El vacío que deja el TPB, en la programación, se soluciona con una actriz peruana del Yuyachkani, que interpreta poemas de Brecht, en un espacio abierto de 120 m<sup>2</sup>, que no alcanza a dominar a pesar de sus esfuerzos.

El miércoles se prende el Festival cuando aparece el Brasil, siempre esperado y acogido, con la obra *Máscaras* (Rashomon) de Akutagawa. En la primera escena aparece un actor desnudo que interpreta un caballo y se desata

la eterna polémica moral que no alcanza a trascender. El actor Guillermo Leme (el caballo) trabaja la escena siguiendo el riguroso diseño a la traspolación que hace el director, Augusto Francisco, de elementos de la cultura japonesa al sentir brasileiro. Altos valores estéticos de composición ambiental y de música permiten a los actores el desarrollo de un drama sensible y exquisito. El actor Guillermo Leme, interpreta una coreografía que contiene referencias directas a la famosa obra de Nijinsky "La siesta de un fauno." A partir de esta presentación el Festival Internacional toma un ritmo ascendente de interés y despeja las nubes de un posible fracaso.

Juan Monsalve, el singular director de Acto Latino, llega con el *Manantial de los Ayes*, que logra el propósito de impactar al espectador. El público se impresiona—un espectador agrade a los actores en plena representación—y reacciona ante una propuesta que no fue comprendida por las mentalidades conservadoras. Juan Monsalve hace de su presencia en el Festival Internacional, un punto de controversia—recordamos su montaje ritual de Edipo Rey que molestó a muchos y gustó a pocos—por su posición experimental, propia y consecuente de su búsqueda. El viernes se presentó el grupo de México *Las dos Fridas*, que expone en escena la vida de Frida Kahlo, la célebre pintora esposa de Diego Rivera, representada por dos actrices que no logran comunicar al público el impacto de la tragedia que vivió la legendaria pintora mexicana, porque Frida Kahlo sólo es conocida por los estudiosos de la pintura, y es por esta razón que la escena deja una lánguida visión de un drama que no conmueve al público. El Festival concluye con la presencia de la Escuela Nacional de Arte Dramático, *Rashomon* de Akutagawa dirigida por Jean Marie Binoche que intenta con mucha profesionalidad hacer el gran espectáculo, corriendo el infortunio de trabajar la realización con actores que no podían y no querían asumir la responsabilidad de una entrega a la escena. Los efectos especiales de Enrique Vargas (conocido por su *Sancocho de Cola*)—en una obra que se plantea como uno de los mejores intentos presentados en el VIII Festival—demostraron la habilidad de este cuentero para crear espejismos y efectos visuales interesantes. Sólo nos queda la idea de un Jean Marie Binoche ambicioso y buscando ganancia escénica con elementos no formados.

El Festival Internacional de Teatro fue un hecho coyuntural que terminó su edición con éxito y con superavit en las arcas, sin asuntos que lamentar—excepto los incidentes que los mediocres imponen en todo festival. Fue un encuentro de la gente de teatro en una ciudad que demuestra una vez más que crece por los riesgos y los desafíos. El Festival fue positivo si se tiene en cuenta las condiciones que permitió más de 12 obras en las sedes oficiales, 7 grupos callejeros, 5 grupos universitarios, 3 de títeres de manera oficial y que recibió 23 grupos marginales que llegaron de todo el país a la aventura, y que buscaron espacios en la Universidad Nacional, Centro Colombo Americano y otros lugares que improvisaron en el afán de buscar reconocimiento para sus afanes, contra sesenta grupos que se hicieron presentes en el VII Festival.

Este fue un Festival más valioso que todos porque refleja esa actitud carente de derrotismos que imponen los Manizaleños a sus propósitos, que evidencian la afirmación al convocar desde ya el IX Festival Internacional.